

aunque yo vencido de la gula cometia cada dia este hurto y golosina, empero en acabándolo de comer me venia siempre un remordimiento tan grande, que era harto mayor el tormento y pena que sentia que el deleite que en ello habia recibido; y con todo eso, dice, me tenia tan sujeto esta tentacion, que otro dia tornaba á hacer lo mismo, y hurtaba otro panecillo, y lo comia secretamente, y no me atrevia á declarar esta tentacion á mi superior, hasta que el Señor por su misericordia fue servido librarme de esta servidumbre y cautiverio en que estaba, de la manera que diré: Vinieron acaso á visitar al santo abad Teonas unos monjes, y como despues de comer comenzase á tratar de cosas espirituales, como tenia de costumbre, aconteció que, respondiendo el santo viejo á sus preguntas, trató del vicio de la gula, y tambien de la fuerza que tienen las tentaciones, cuando están encubiertas; y como yo andaba ya con grande remordimiento de conciencia, parecíame que todo aquello se decia por mí, y que Dios debia de haber revelado mi tentacion y falta al santo Abad; y así movido y espantado con las fuerzas de sus palabras, comencé primero á llorar secretamente conmigo; pero creciendo la compuncion y sentimiento, no me pude contener, sino que prorumpiendo en grandes lágrimas y sollozos, allí delante

de todos saqué del seno el panecillo que aun aquel dia habia hurtado y escondido, y postrado en tierra, pidiendo perdon y penitencia, declaré públicamente mi tentacion, y como, vencido de ella, hacia aquello cada dia.

Entonces el santo viejo comenzóme á consolar y animar, diciendo: Ten, hijo mio, gran confianza, que tu confesion y este acto heróico que has hecho de manifestar y declarar aquí públicamente delante de todos tu tentacion y falta te ha librado de este cautiverio y servidumbre; hoy has vencido al demonio, y triunfado de él mas poderosamente que él habia triunfado de tí. Entiendo que por eso permitió el Señor que el demonio te tuviese tan cautivo y sujeto con esa tentacion, porque la tenias escondida; y así ten por cierto que ahora que la manifestaste no tendrá el demonio mas señorío sobre tí, sino que luego huirá aquella serpiente antigua, como quien no puede sufrir la luz. Apenas habia acabado de decir esto el santo Abad, cuando salió, dice, de mi seno un fuego como relámpago ó hacha encendida, que llenó toda la celda de un hedor abominable é infernal, que casi no habia quien pudiese parar allí. Entonces el santo viejo tornando á su tema, dijo: Ves aquí, hijo mio, como el Señor te ha querido mostrar por obra lo que te he dicho de palabra; pues has visto con tus ojos

salir y huir al demonio de tí por virtud de tu confesion, que no pudo sufrir la luz y manifestacion de sus enredos; y así no hayas miedo que se atreva á tornarmas á tí: y así fue, porque de ahí adelante nunca mas tuvo aquella tentacion, ni aun en la memoria le venia nada de aquello.

CAPÍTULO VI.

Comiézase á satisfacer á las dificultades que suelen impedir esta claridad.

Ya habemos dicho la importancia y necesidad que hay de andar con claridad con los superiores: pero cuanto una cosa es mas importante y necesaria, y de mas perfeccion, tanto nuestra naturaleza estragada por el pecado suele sentir mayor repugnancia en ella, y el demonio envidioso de nuestro bien suele ayudar, representándonos mayores dificultades para impedirla: por lo cual convendrá que vamos satisfaciendo á ellas; y no harémos poco, sino mucho, si en una cosa tan principal y necesaria como esta allanamos el camino; y aunque vamos hablando con los religiosos, cada uno puede aplicar á sí la doctrina, porque cosa es esta que puede tocar á todos; y así Gerson la trata generalmente para todos, tratando de la confesion, como luego veremos.

Cuanto á lo primero, porque naturalmente somos amigos de huir el trabajo y la dificultad, y esto de que ahora tratamos se nos suele representar como cosa difícil y trabajosa, comenzaremos por aquí, declarando y probando que padecerá uno mayor trabajo, sin comparacion, en andar cerrado y encubierto, que en descubrirse y manifestarse al superior: y nótese este punto; porque es una cosa que hace mucha fuerza contra los amadores de sí mismos, que dejan las cosas de virtud y de perfeccion por la dificultad y trabajo que sienten en ellas. Yo confieso que hay alguna dificultad y mortificacion en descubrir uno al superior todas sus tentaciones, inclinaciones y defectos; pero digo que es mucho mayor el trabajo y pena que traerá consigo, si anda encubriendo solamente esas cosas, que la que puede recibir en descubrirse y manifestarse. Bien nos lo muestra esto la experiencia, y cada uno será buen testigo de ello, si alguna vez le ha acontecido quererse cerrar y encubrir con el superior. ¡Oh qué congojas, qué remordimientos y sobresaltos tiene el que anda encubierto y solapado! *Colligata est iniquitas Ephraim, absconditum peccatum ejus: dolores parturientis venient ei.* Osee, XIII, v. 12. Siempre anda con dolores de parto; si lo diré, si lo callaré: ya lo quiere decir, y ya se torna á arrepentir; ya llega á la puerta del superior para

decírselo, y se vuelve del camino, porque no se atrevió: *Venerunt filii usque ad partum, et virtus non est pariendi*. Isai. xxxvii, v. 3. Estaba ya á punto de echar á luz aquella tentacion y mal pensamiento que el demonio, padre de tinieblas, habia puesto en su pecho, y no tuvo virtud y fuerza para ello: siempre se queda con dolores de parto, y mientras mas dilata el descubrirlo, mayores dolores siente; porque se le hace mas dificultoso y vergonzoso despues el decirlo: ya le torna á pesar, porque no lo descubrió al principio, y la mayor dificultad que siente es: Pues ¿cómo iré yo ahora al superior al cabo de tanto tiempo? Si fuera al principio, dijérasele; pero ahora ¿con qué cara pareceré delante de él? Habiéndome cerrado tanto tiempo con él, ¿qué dirá, que no me he fiado de él, pues que no se lo quise decir al principio? No tendrá uno descanso ni reposo mientras anduviere cerrado y encubierto. La conciencia le estará siempre remordiendo y atormentando, y dando garrote, porque no quiere hacer una cosa tan importante y principal; y en descubriéndose y declarándose, luego se sosegará toda esta tempestad, y quedará muy quieto y consolado.

Es como cuando uno no se atreve á confesar algun pecado por vergüenza, que anda siempre con unos temores y sobresaltos, y con unas congojas muy grandes; y en confesándolo que-

da tan contento y descansado, que le parece que ha echado de sobre sí una grande torre que traia áuestas. Dice san Gregorio: *Vulnera clausa plus cruciant; quia cum putredo, que intrinsecus ferret, ejicitur ad salutem, dolor aperitur*. Lib. Moral. c. ultimo, et lib. 3 post admonit. 15. Las llagas y apostemas cerradas, claro está que dan mayor dolor; porque está la materia y ponzoña allá dentro hirviendo, y cuando se abren sale fuera toda aquella podre y hediondez, y así naturalmente se aplaca el dolor; de la misma manera es cuando uno confiesa su pecado, y declara sus tentaciones y flaquezas: *Quid est peccatorum confessio, nisi quedam vulnerum ruptio?* El confesar y manifestar sus culpas y tentaciones es como el abrir de la apostema y de la llaga; ó como cuando el estómago está lleno de mal humor, ó mucha comida, y anda uno con bascas y dando arcadas por echarlo, que hasta que lo acaba de echar no tiene quietud ni reposo; y en echándolo, luego queda sosegado y quieto. Pues por aquí se verá bien como es mucho mayor el tormento y pena que trae consigo el que anda cerrado y encubierto, que la que podia recibir en descubrirse y manifestarse; porque esta es una poca de vergüenza y mortificacion que se pasa en un Credo, y despues queda con mucha paz y contento de

haberse declarado: y así al que por huir la dificultad y el trabajo no se declara, bien le podemos responder: Que antes por esa misma razon se habia de declarar; porque andará con mayor trabajo, y pudriéndose, carcomiéndose y consumiéndose de pena: *Quoniam tacui, inveteraverunt ossa mea*, Psalmo xxxi, v. 3; y declarándose, quedará con mucha paz y sosiego.

CAPÍTULO VII.

Satisfácese á la dificultad principal que suele impedir esta claridad.

Una de las mayores dificultades, ó la mayor que se suele poner delante á algunos para no declararse y descubrir su pecho al superior, es parecerles que quedarán afrentados y perderán el buen nombre y crédito que por ventura tenia de ellos, y que de ahí adelante les traerá entre ojos, y no se fiará de ellos, ni les tendrá tanto amor. Con esto engaña el demonio á muchos, y les hace que no se declaren, ó que no se declaren del todo. Pero si mostrásemos que todo esto es al contrario, y tan al contrario, que antes descubriéndose y manifestándose, ganan honra y estimacion, y mas amor, y no se declarando, pierden todo esto, parece que quedaria bien allanada esta dificultad: pues con la gracia del Señor lo mostraremos aquí, pa-

ra que se vea cuán al revés es de lo que el demonio nos representa para engañarnos; y así es ordinariamente en todas sus tentaciones, porque es padre de mentiras. Digo, pues, que no hay cosa con que uno pierda mas reputacion y mas estima cerca del superior como con andar encubriéndose y recatándose de él, y dándole ocasion para que le comience á tener en posesion de cerrado y doblado: con ninguna falta que descubriera pudiera perder tanto como con esto, porque una falta es una; pero tener á uno por cerrado, comprende mucho, porque le hace sospechoso de muchas faltas. Este es hombre cerrado de pecho; ¿qué sé yo, si como encubrió esto, encubriria lo otro y lo otro? Solo esto pesa mas que cuanto él podia decir. Y por el contrario, cuando uno descubre toda su ánima al superior, y le declara todas sus tentaciones, inclinaciones y defectos; no solamente no pierde, sino gana mucho crédito con él; porque le tiene por humilde y mortificado, por claro y llano, y que no tiene otra cosa allá dentro de lo que muestra de fuera.

Irémos declarando esto mas de raíz, porque es un punto de los mas principales que hay en esta materia. Digo lo primero, que no puede uno tomar medio mas eficaz para ser querido y amado del superior, y ganarle la volun-

tad, como manifestarle y descubrirle todo su corazón, sin tenerle cosa encubierta: la causa de esto es, porque una de las razones más fuertes para amar es ser amado, como lo dicen comunmente los filósofos y los Santos: y el Evangelista con esta razón nos convida á amar á Dios; porque él nos amó primero á nosotros: *Quoniam ipse prior dilexit nos.* I Joan. iv, v. 10. Pues una de las cosas más principales en que uno puede mostrar que ama mucho al superior es en descubrirle todo su pecho, y todos sus secretos, grandes y pequeños; porque cuando el amor de dos llega á tanto, que no hay entre ellos cosa encubierta, es muy grande y muy estrecha amistad; y así dijo Cristo nuestro Redentor á sus discípulos: *Vos autem dixi amicos: quia omnia quaecumque audivi à Patre meo, nota feci vobis.* Joan. xv, v. 15. Á vosotros os he llamado amigos; porque os he descubierto y manifestado todo lo que oí de mi Padre: *Vobis datum est nosse mysterium regni Dei; ceteris autem in parabolis.* Luc. viii, v. 10. Á los otros hábloles yo en parábolas; pero á vosotros, como amigos, digoos claramente los misterios del reino de los cielos. Pues cuando el superior ve que uno le descubre todo su pecho, y que no se le queda allá nada, entonces entiendo que le ama verdaderamente y que le tiene por padre y en lugar de Dios, pues fía de él toda su alma y honra, y lo pone todo en

sus manos; y eso le roba el corazón y le obliga á amarle más, y á mirar más por él; pero si el superior ve que no se acaba de declarar, sino que anda con él con recato y por rodeos, y que le habla en parábolas: *Ut audiendo, non intelligat,* Luc. viii, v. 10, para que no entienda la cosa como es; eso es causa bastante para que no haga buen concepto de él, y le tenga menor amor; porque ve que el otro no le ama á él, ni le estima, ni le tiene por padre, pues no se fía de él, ni se atreve á descubrirsele: eso naturalmente causa desamor. ¿Cómo quereis que os ame el superior como á hijo, si vos no le amais á él como á padre? Amadle vos como á padre, fiándoos de él y tratando con claridad y llaneza con él, y él os amará como á hijo. Lo mismo en el tratado octavo, capítulo primero, dirémos despues de los superiores con los súbditos: que cuando el superior habla con claridad al súbdito, cualquiera que sea, y le dice: Mirad que teneis esta y esta falta; esto se repara, esto se murmura de vos; procurad enmendaros de ello, entonces le ama, porque reconoce este trato de verdadero amor; pero cuando el superior anda con el súbdito con rodeos, y no le acaba de decir las faltas que tiene, ni en lo que querría que se enmendase, sino que le muestra una cosa de fuera, y tiene otra dentro, ese no es trato de verdadero amor, sino trato doblado y fingido: y así

digo que cuando se procediere con esta claridad y llaneza de entrambas partes, entonces habrá verdadero amor de los inferiores á los superiores, y verdadera unión de corazones, y andaremos bien; y cuando no, todo será cumplimiento y ficción: de manera que por descubrirse y declararse uno al superior no pierde amor, sino antes le gana mayor.

De aquí se sigue lo segundo, que tampoco perderá uno por eso el buen nombre y estima que tenía de él el superior; porque donde hay amor, siempre hay estima, y la voluntad no ama sino lo que el entendimiento le representa por bueno y por digno de ser amado; y así estas dos cosas, amor y estima, ordinariamente andan juntas; pero fuera de esto, descendiendo más en particular, cuanto á lo primero, claro está que por tener uno tentaciones, por malas y feas que sean, no pierde nada; porque eso antes es propio de los que sirven á Dios, y tratan de espíritu, que es otros muchas veces no saben qué cosa es tentación, ni las echan de ver, ni el demonio ha menester gastar tiempo con ellos; porque de su voluntad sin nada de eso le siguen: contra los que se recogen á servir á Dios, y tratan de virtud y perfección, suele ser la guerra de las tentaciones, conforme aquello del Sábio: *Fili, accedens ad servitutem Dei, prepara animam tuam ad tentationem.* Eccli. ii, v. 1.

Á algunos les suelen poner de-

lante que su tentación es muy vergonzosa; les parece que es aquella una cosa muy particular y muy extraordinaria, y que nadie debe de haber tenido cosa semejante; y así no se atreven á declarar, temiendo que se le hará aquello muy nuevo al superior: pero esta es tentación propia de novicios, que como no tienen experiencia, ni saben de tentaciones, piensan que es cosa nueva la que es muy vieja y común. Tened por cierto que no diréis cosa al superior ó confesor que se le haga nueva, por extraordinaria que os parezca; otros muchos habrá encontrado con esta tentación, y por él mismo por ventura habrá pasado: *Nihil sub sole novum,* Eccles. i, v. 10, dice el Sábio: todas son cosas viejas, no se os hagan á vos nuevas.

Mas: tampoco perderá uno con el superior por descubrirle sus faltas é imperfecciones, que es lo que se suele hacer más dificultoso: la razón es, porque de hombres es caer, que al fin somos de barro, que se quiebra fácilmente, y por sí mismo conoce el superior la flaqueza del súbdito; porque todos somos de una misma masa, y así no se espanta cuando le descubre sus faltas é imperfecciones. Gerson (1), persuadiendo á las personas de poca edad que no dejen de confesar nada por vergüenza, que suele ser falta muy ordinaria en seme-

(1) Gerson, de trahendis ad Christum, part. 2.

jantes, dice: ¿Pensarás que te querré, ó te tendré en menos, por saber tus pecados y flaquezas? Engañaste, que antes entonces te amaré como á hijo muy querido, y como á quien fió de mí, y me descubrió lo que á su propio padre no se atreviera á descubrir. Sabe Dios, dice, la afición y ternura que siento con el que me descubre sus miserias; y cuanto mas bajas y vergonzosas son, tanto mas se me enternecen las entrañas y el corazón para con él. Aquella humildad y llaneza con que uno declara su culpa, aquel deseo que muestra de su aprovechamiento, y de ser curado y remediado, naturalmente mueve y hace que el superior le quisiera meter en las entrañas, y darle su corazón. Aun cuando viene á nosotros un extraño, y nos descubre sus trabajos y miserias, le cobramos un amor y un deseo grande de ayudarle, y le procuramos consolar y animar; ¿qué será á un hijo? É importa mucho que todos entiendan y se persuadan esta verdad, que en descubrir sus imperfecciones y flaquezas á su padre espiritual no perderán, sino antes ganarán mayor amor y estima, para que nadie deje una cosa de tanta importancia como esta, por las representaciones contrarias del demonio, falsas y mentirosas.

Para mayor confirmacion de esto se ha de advertir aquí que el hacer el mal, y la voluntad y pro-

pósito de hacerle, es cosa vergonzosa é indigna de parecer delante de Dios y delante de los hombres; pero aborrecer lo mal hecho, el arrepentirse y confundirse de ello, el llorar y confesar unos yerros y pecados, no es cosa vergonzosa, sino muy honrosa delante de Dios; y así lo ha de ser también delante de los hombres, que están en lugar de Dios. Tratan allá los teólogos una cuestion: Si en el día del juicio han de salir á plaza también los pecados que hicieron los Santos y bienaventurados. Opiniones hay en ello; pero una cosa podemos decir en esto de cierto, que hace á nuestro propósito, y es, que si salieren en público, no será con confusion y vergüenza de los que los hicieron, sino en honra y alabanza suya; porque saldrá juntamente con ellos tal penitencia y satisfaccion, que no queden confundidos ni avergonzados, sino mas honrados y estimados: lo cual sabe Dios muy bien hacer, y vemos que lo hace ahora con muchos Santos; porque cada día salen á plaza, y se publican los pecados de la Magdalena, y el día de su fiesta se canta en el evangelio con grande honra y estima suya, y para grande honra y gloria de Dios, que aun de los pecados sabe sacar tanto bien: *Qui sugit mel de petra, oleumque de saxo durissimo*, Deut. xxxii; y lo mismo vemos en los pecados de los apóstoles san Pedro, san Pablo y san Mateo, y del profeta David: de

manera que por aquellos pecados, á los cuales se siguió tal penitencia y satisfaccion, no pierden honra y estimacion, sino antes la ganan. Suelen traer una comparacion buena para declarar esto. Hácese uno una ropa nueva de damasco: salió muy bien hecha, y parecia muy bien: asíóse no sé dónde y rasgóse; ya parece que queda perdida: echa en aquel rasgado un ribete, ó unos pasamanos de oro, ó un bordado muy rico; y con aquello queda la ropa mas graciosa y vistosa que antes, y no parece sino que se hizo de propósito aquel rasgado, para hermosearla mas. De esa manera saldrán en público, si hubieren de manifestarse, los pecados de los Santos y bienaventurados el día del juicio general, que no les causarán confusion ni vergüenza, sino antes gloria y honra, por haber salido de ellos como salieron: pusieron ribete de oro; y bordadura rica en el rasgado, con que quedaron mas honrados y hermoseados. Pues de esa manera es acá; cuando uno descubre al confesor ó superior sus flaquezas y miserias con confusion y arrepentimiento, y con verdadero deseo de ser curado y remediado, no solamente no pierde con él, sino antes gana mas honra y mas estimacion y amor: *Est enim confusio adducens peccatum, et est confusio adducens gloriam, et gratiam*, Eccli. iv, v. 25, dice el Sábio. Hay una

confusion que trae consigo pecado, y otra que trae consigo gracia y gloria: aquella confusion y vergüenza con que manifiesta uno sus culpas, esa trae consigo gran honra y gloria; pero la confusion y vergüenza que hace á uno encubrir sus culpas trae consigo pecado.

Cuéntase de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio que para ganar á un sacerdote religioso de vida muy disoluta y profana, y muy contrario suyo, habiendo tentado otros medios para ganarle, y no aprovechando, tomó por medio irse á confesar con él, y despues de haber dicho las culpas cotidianas, dijo que también se queria acusar de algunos pecados de la vida pasada que mas le remordian; y comenzó á confesar las flaquezas de su mocedad, y las ignorancias de su vida pasada con tan gran dolor y sentimiento, y con tantas lágrimas, que el confesor vino á trocarse de tal manera con aquello, que comenzó á amar y reverenciar al que primero aborrecia, y á tomarle por maestro y guia suya; y así hizo los ejercicios espirituales, dándoselos nuestro santo Padre, é hizo una gran mudanza de su vida con notable edificacion de los que antes le conocian. Por donde se verá cuán léjos está uno de perder con esto honra y reputacion; porque por lo que uno cobra mejor figura en los ojos de Dios, y gana mas cer-

ca de él, no ha de perder, sino ganar tambien en los ojos de los hombres, que son ministros de Dios, y han de imitar su condicion.

De lo cual infero una verdad muy experimentada y muy digna de ser considerada, y es, que cuando uno anda cerrado y encubierto, y no se acaba de declarar, es señal que no se quiere enmendar ni trata de eso, sino que se está todavía en sus faltas, y que no quiere salir de ellas; porque si tuviese verdadero dolor y arrepentimiento de sus culpas, y firme propósito de ser de ahí adelante el que debe, bien ve que no perderia con el superior en declararle su culpa juntamente con ese arrepentimiento y propósito, sino que antes ganaria; y así es esta una cosa por la cual pierden mucho los que no se acaban de declarar, porque dan á entender que no están enmendados, ni tratan de eso.

Por otra via pudiéramos tambien responder á esta dificultad; y es, que si nosotros fuésemos muy humildes, ó deseásemos y tratásemos de veras serlo, nos habíamos de holgar que el superior nos conociese y tuviese en lo que somos, y por eso solo habíamos de manifestarle todas nuestras malas inclinaciones y defectos; porque no es razon que quiera yo ser tenido por otro de lo que soy: la verdadera humildad no solo hace que uno se conozca á sí y se tenga en poco, sino que se huelga que los otros tambien le conozcan y tengan en poco. Para otros fines está ordenada en la Religion esta claridad y cuenta de la conciencia, como habemos dicho en el capítulo primero: mas aunque no hubiera en ello otro bien sino este, ese nos habia de bastar, si nosotros tuviésemos verdadero deseo de la humildad, porque este es muy grande ejercicio de ella; pero si falta esta humildad, y desea uno ser tenido y estimado, si desea officios, puestos altos y honrosos, no me espanto que se le ponga delante un vano temor, que suele espantar, ó por mejor decir, enga-

CAPÍTULO VIII.

Respóndese por otra via á la dificultad pasada.

ñar á semejantes personas: Si mis faltas llegan á noticia del superior, nunca medraré, ni alzaré cabeza, sino siempre andaré arrinconado y olvidado. Los Santos y siervos de Dios vemos que fingian faltas y aun pecados para que no echasen mano de ellos, y los levantasen á dignidades y puestos honrosos, sino que los dejasen en su rincon: el que por el contrario procurase encubrir las verdaderas faltas que tiene para que le estimen y levanten, y tengan en mas de lo que es, muestras da de estar muy léjos de la virtud.

Y débese advertir aquí un punto muy principal, que tocamos tambien en otra parte (1); y es que una de las cosas principales en que se ha de ejercitar y mostrar el religioso la humildad y mortificacion, y las demás virtudes, ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien sus reglas; porque en eso consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion: y si no tiene virtud para ejercitar ó poner por obra las cosas de humildad y mortificacion á que le obliga su regla é instituto, haga cuenta que no tiene nada; porque ¿de qué sirve la virtud y la mortificacion, si cuando se le pone delante una vergüenza natural, ó que perderá un poco de estima, atropella con una regla tan principal co-

mo esta? Si hubiese verdadera humildad y conocimiento y dolor de la culpa, esa vergüenza y confusion que recibe uno en declararla, habia de tomar de buena gana en recompensa y satisfaccion de ella; y por solo eso habia de acudir al superior, como hizo el emperador Teodosio, que es ejemplo muy digno de ser imitado: cuando Rufino le dijo que no fuese á la iglesia, porque estaba san Ambrosio muy puesto en no dejarle entrar en ella, dijo el Emperador con su mucha cristiandad y humildad: Yo quiero ir á la iglesia, y oir allí del Obispo lo que merezco. Pues así habeis de decir vos: Quiero ir á mi superior, quiero ir á mi confesor, y oir de él lo que merezco: conózcame y téngame por quien soy, y reciba el Señor esta vergüenza y afrenta en satisfaccion y recompensa de mis pecados. Esa es buena humildad y confesion, y buena señal de arrepentimiento, y que no sienta uno por ventura mas el descubrirse á un hombre que el haber ofendido á Dios. Muy léjos está eso de la verdadera humildad; si no dando nosotros ocasion para ello, habíamos de desear pasar injurias y falsos testimonios, y ser tenidos por locos, como dice nuestra regla; ¿cuánto mas lo habíamos de desear, haciendo un acto de virtud, de obediencia y religion, y guardando una regla tan importante como esta? Pe-

(1) Part. 2, tract. 3, cap. 25.